

El sentido profundo del juego y la fiesta III

El sentido de las fiestas

Las fiestas desbordan luminosidad externa porque son luminosas en sí mismas. Las luces, la claridad festiva de los trajes y adornos, la magnificencia expresiva de las flores, la exultación de la danza y el canto populares, el clima de grata complacencia que fundan los perfumes naturales -flores, incienso-, la solemnidad de los ritos y demás elementos de la fiesta no hacen sino dar cuerpo a la luminosidad gozosa que irradia la fiesta por el mero hecho de entreverarse en ella fecundamente diversos ámbitos de gran significación. A ese entreveramiento lo llamamos *encuentro*.

Las fiestas van unidas a fechas de alta significación personal, nacional o religiosa por haber acontecido en ellas ciertos *entreveramientos de ámbitos* decisivos.

- El nacimiento es el encuentro del propio ser en estado fetal con el entorno mundano. Este encuentro es considerado como el «alumbramiento» por antonomasia.
- El día de una batalla gloriosa se considera festivo porque tal acontecimiento abrió a la patria nuevas posibilidades, al significar un trastrueque de mil interrelaciones de todo género: geográficas, económicas, culturales, políticas...
- El día de la conmemoración de un acontecimiento religioso -suceso evangélico, muerte de un santo...- significa la creación de un ámbito peculiar de interacción o encuentro entre el Señor y los hombres, o entre un hombre y el Señor que lo eleva a un nivel eminente de vida tras el trauma del fallecimiento. Ello confiere sentido a la celebración de fiesta en el aniversario de acontecimientos luctuosos, como son por ejemplo las diversas formas de martirio.

Las fiestas están impulsadas por la fuerza expresiva de un encuentro

Todas las fiestas –biográficas, civiles y religiosas- festejan un encuentro.

- Después de la botadura de un barco se celebra un banquete porque la botadura supone un encuentro del barco y el mar. Al sumergirse el barco en el mar, tiene lugar un *choque*, porque se trata de la colisión de dos realidades que tienen condición de *objetos*: ocupan un lugar en el espacio, tienen un determinado peso, pueden ser lanzados con cierta velocidad y adquirir una determinada *fuerza viva*. Pero, además de su carácter de objetos, el barco y el mar presentan una condición de *ámbitos de realidad*, es decir, son realidades *abiertas*, en cuanto ofrecen ciertas posibilidades y pueden recibir otras. En el barco se puede habitar, jugar, conversar, comer, pescar, luchar, y, sobre todo, navegar. El mar ofrece posibilidades para desplazarnos, hacer deporte, pescar, luchar... Al unirse el barco y el mar y entreverar todas sus posibilidades, tenemos un *encuentro*.
- A los 25 años de casado reúnes a tus familiares y amigos y das una fiesta jubilar. Festejas un día lo que es relevante durante todos los días de 25 años: el encuentro matrimonial que dio lugar a la fundación de un hogar y lo ha sostenido durante ese tiempo.

Toda fiesta lleva en sí la fecundidad, el gozo, la libertad interior, la felicidad, el amparo, la paz y la luminosidad del encuentro.

En la fiesta no hay luz porque se encienden luces. Se encienden luces para dar expresión sensible a la luz que irradia la fiesta, por ser fruto de un encuentro

Las fiestas dan forma visible a algo que, de modo discreto, modela nuestra vida durante todo el año. A su vez, las fiestas proyectan su luz sobre los demás días del año. Todo pueblo vive en plenitud su vida en los días de fiesta, ya que en ellos es más fácil captar la mutua interacción de los elementos que la integran. Ello explica que la lucha entablada, a veces, entre las fiestas populares y las religiosas no haya conducido a una mejor comprensión de ambas y a su mayor florecimiento, sino a su devaluación.

El agricultor labra la tierra y cultiva las plantas durante todo el año. En otoño celebra la fiesta de la recolección, y en ese momento festivo recapitula gloriosamente el acontecimiento diario de su interacción operativa con el entorno. Por ser una colaboración fecunda, genera un acontecimiento festivo, con su luz jubilosa, sus juegos y esa peculiar seriedad que ha nutrido a culturas enteras. Basta que una persona dotada de suficiente intuición capte la trama de sentido que se va tejiendo a medida que el agricultor trabaja la tierra y cuida sus frutos para que surja una fiesta, la fiesta de la madurez, de la recolección, del fruto ganado merced a un haz de interrelaciones: el campesino recibe de sus mayores el arte de labrar la tierra y unas semillas; deposita las semillas en la madre tierra, y espera. Espera a que el océano desprenda vapor de agua y se formen nubes, y el viento las arrastre, y, debido a una serie de condiciones, se conviertan en lluvia que empape benéficamente la tierra..., hasta que, al final, el padre sol irradie su energía para dorar el fruto.

Se comprende que el campesino –especialmente sensible a las palpitations de la naturaleza- reciba la cosecha como un *don*, y muestre su agradecimiento con la generosidad desbordante que caracteriza a las fiestas otoñales.

***La fiesta desborda plenitud y generosidad,
porque procede de un encuentro
y genera nuevas formas de encuentro***

Al celebrarse, la fiesta arroja luz sobre el sentido profundo que tiene cada una de las actividades que tejen la múltiple relación del campesino con su entorno. La fiesta pone de relieve que tal sentido no late de modo estático y aislado en el laborar del campesino, en la tierra que éste trabaja, en los frutos que cultiva, en todas las realidades que confluyen al logro común; *brotan dinámicamente en la interrelación fecunda de todo ello*. La vida entera del campesino queda, así, iluminada por la luz que se alumbra espontáneamente en la fiesta como plasmación visible de su cotidiana relación con la tierra, el espacio, el sol y los distintos meteoros que deciden el clima cada día.

Bien puede decirse que el campesino vive todo el año de la fiesta y para la fiesta, pero no en el sentido de que ciertos pueblos deban realizar durante el año los preparativos de las fiestas patronales o de las «ferias» que, por diversas circunstancias, constituyen su fuente básica de ingresos económicos. Se trata de una relación mucho más íntima entre el hombre y la fiesta, pues ésta surge como plasmación resplandeciente del ámbito que se crea al entrelazarse fecundamente dos ámbitos: el del campesino y el de la tierra, todo lo que implica la expresión «vida de campesino» y todo lo que entraña el término «tierra», que supera considerablemente el concepto científico de tierra.